Los partidos políticos en Colombia

DOI: https://doi.org/10.38186/difcie.59.12

Aquilino Cotes Zuleta\*

RESUMEN

Los partidos políticos suelen ser expresión espontánea de las comunidades, las cuales, al sectorizar sus ideas, reflejan una imagen de sus inclinaciones, de sus esperanzas y del modelo de mandato que aspiran aplique en sus territorios. Los partidos políticos suelen ser tenidos como indicador de democracia, cuando todos cuentan con las mismas garantías y oportunidades, tal como teóricamente sucede en Colombia, al cobijo del Estado Social de Derecho. No obstante, la realidad política, desde al menos más de una década, evidencia inconformidad social y política en el país; las alegaciones hablan de persecuciones, de falta de garantías, mientras el ciudadano común se pregunta qué es lo que realmente quieren los partidos, en un país donde no existe restricción alguna a la libertad personal de los coasociados. Por el contrario, son los partidos políticos los que, en realidad, se hallan en deuda con el país; una deuda multifacética, que muestra falencias en lo disciplinario, en lo social, en lo legal y, peor aún, en lo convivencial. En este documento se aborda el comportamiento de los partidos políticos, a partir del marco constitucional y legal que brinda garantías por igual, sin que el producto sea el de una comunidad respetuosa, unida en torno a unos deseos que, aunque por caminos distintos, se pueden alcanzar, porque son comunes a todos los colombianos. El Estado ha respetado la Constitución y la Ley, pero, a cambio, los partidos políticos parecen estar en deuda con la comunidad que los acoge y les brinda la oportunidad de diversificar ideas, con distintos colores y contenidos. En este artículo se hace un análisis cualitativo a los partidos, a partir del rol que juegan, en conjunto, en la calidad de vida de los colombianos.

PALABRAS CLAVE: Democracia, partidos políticos, Elecciones populares, Administración Pública, Consejo Nacional Electoral.

\*Doctor en Ciencia Política. Docente de la Universidad Popular del Cesar, Colombia. E-mail: tiochiro@hotmail.com

Recibido: 11/04/2023 Aceptado: 05/06/2023

Political parties in Colombia

ABSTRACT

Political parties tend to be the spontaneous expression of the communities, which, by sectoring their ideas, reflect an image of their inclinations, their hopes and the mandate model they aspire to apply in their territories. Political parties are usually taken as an indicator of democracy, when everyone has the same guarantees and opportunities, as theoretically happens in Colombia, under the Social Rule of Law. However, the political reality, for at least more than a decade, shows social and political discontent in the country; the allegations speak of persecution, of lack of guarantees, while the common citizen wonders what the parties really want, in a country where there is no restriction on the personal freedom of the co-associates. On the contrary, it is the political parties that, in reality, are indebted to the country; a multifaceted debt, which shows shortcomings in the disciplinary, social, legal and, worse still, in the coexistence. This document addresses the behavior of political parties, based on the constitutional and legal framework that provides equal guarantees, without the product being that of a respectful community, united around desires that, although through different paths, are can achieve, because they are common to all Colombians. The State has respected the Constitution and the Law, but, in exchange, the political parties seem to be indebted to the community that welcomes them and gives them the opportunity to diversify ideas, with different colors and contents. In this article, a qualitative analysis is made of the parties, based on the role they play, as a whole, in the quality of life of Colombians.

KEY WORDS: Democracy, Political parties, Popular elections, Public administration, National Electoral Council.

Introducción

La acepción “partidos políticos” está generalmente asociada a las democracias, ya que es la democracia la forma de gobierno que muestra disposición y responsabilidad frente a la posibilidad de que el mando de un país se dispute entre personas e ideas diferentes, en un marco de igualdad de condiciones e independientemente de las propuestas que cada facción haga.

Hablar de partidos políticos en un gobierno absolutista equivale a un absurdo en relación con el término “democracia”, ya que suele tratarse de una estrategia dirigida a aparentar libertad de opinión cuando, en la realidad, todos comulgan con las mismas ideas y propósitos o, al menos, así debe parecer. Y es de reconocer que quienes más pregonan las bondades “democráticas” de sus gobiernos, son los dictadores, los absolutistas, los que reconocen la “transparencia” de las elecciones cuando los resultados los favorecen. En caso contrario, no dudan en señalar abiertamente que todo fue un fraude.

Si la multiplicidad de partidos es indicadora de democracia, Colombia es, en la región, una de las más frondosas democracias, aunque la sola existencia de un Partido Político no forzosamente significa que ejerce debidamente la función de problematizar políticamente las situaciones que se dan en el devenir de la disputa entre quieres aspiran a gobernar el país y los que realmente se atreven a intentar alcanzar ese logro. En ese sentido, toca reconocerlo, también Colombia podría mostrar múltiples ejemplos.

Sartori (2012: p.26) afirma que los partidos políticos son asociaciones que se rigen a través de un criterio o un pensamiento plenamente definido; según este autor, esas asociaciones son de interés público (cómo no) y tienen dos funciones principales que son la canalización y transmisión de los intereses y peticiones populares ante la administración y viabilizar la participación popular en la elección/escogencia de los administradores del Estado. De otro lado, el Consejo Nacional Electoral (2021;2) entre sus distintas expresiones afirma que los partidos políticos son

… instituciones permanentes que reflejan el pluralismo político, promueven y encauzan la participación de los ciudadanos y contribuyen a la formación y manifestación de la voluntad popular, con el objeto de acceder al poder, a los cargos de elección popular y de influir en las decisiones políticas y democráticas de la Nación (CND, 2021; 2).

Hermosa definición, pero podría decirse que muy, muy ajena a la realidad que hoy vive el país en materia de partidos políticos. Sea el momento de recordar que en el país existen los tres tipos de partidos políticos, aunque no se puede decir de ninguno de ellos que sea ejemplo de ceñimiento fiel a la definición. Esos tres tipos de partido son: nacionalistas (pluralistas o ultranacionalistas) socialistas (socialdemócratas o leninistas) y religiosos (confesionales o fundamentalistas). En Colombia, los credos religiosos toman partido político; los nacionalistas se declaran detentadores de la verdad y los socialistas se abrogan el rol de defensores “del pueblo”.

Otro tanto podría decirse de los políticos que dicen defender los derechos a la propiedad, al trabajo, a la salud, a la educación, la libertad de pensamiento y la libre expresión; políticos estos que, por abreviar, el pueblo suele citar como “de derecha”. Tampoco en los países gobernados por mandantes de “derecha” ha desaparecido la pobreza, aunque el ciudadano detente derechos que no es del caso citar, porque el objetivo de este artículo no es dilucidar sobre la filosofía socialista ni la propuesta “de derecha”. En este artículo se enfoca desde las mismas variables de análisis a todos los partidos colombianos.

El presente artículo se concibe desde la percepción ineludible de la situación que vive el país en materia política. Una situación que no hace más que confirmar la idea de quienes afirman desprevenidamente que Colombia es un país en permanente campaña política y por eso es poco el tiempo que los políticos tienen para atender los verdaderos problemas de una sociedad que cree en su democracia, pero que la practica (al votar) con prevención y poco optimismo, ante la realidad que le ha tocado vivir en, al menos, los últimos cincuenta años, contados hasta el momento en que se escriben estas líneas.

En su pensamiento, el político asigna al posible votante sólo el tiempo que, románticamente, se conoce como “época preelectoral”, durante la cual el aspirante busca exhibir sus virtudes y esconder sus defectos, pero, en especial, desdoble su personalidad, convirtiéndose en una persona accesible, amable, dispuesta a ayudar, porque para él lo más atractivo es la gente y con ella quiere siempre compartir…

1. Breve mirada retrospectiva

 La tradición histórica de Colombia se enmarca principalmente en la división de sus líderes sociales. Así lo muestra el registro que se tiene del país, desde sus inicios, en la Conquista y posterior época de la Colonia.

Una mirada retrospectiva al acontecer político del país permite comprender o, al menos, hallar explicación al comportamiento de muchos protagonismos, en su diaria lucha por captar simpatizantes, sólo que sin tener una idea precisa del tipo de simpatizantes que buscan.

En efecto, en los años 1781 y sucesivos, se daba una gran batalla entre realistas y patriotas; obviamente, los realistas tenían más oportunidad de expresar sus ideas libremente, mientras los enemigos del sistema (que no del rey) tenían que recurrir al clandestinaje, si no contaban con el respaldo de una familia suficientemente poderosa en el acontecer del país. Desde ese entonces los personajes de la sociedad se dividieron ante la influencia del verbo de Nariño y de otros próceres del país. Se habla de “pateadores” y “carracos” para referirse a bandos que no escatimaban ofensas verbales ni comportamientos violentos y groseros, para manifestar sus ideas y controvertir a los contrarios. Hablar de pateadores y carracos es aludir a la división que existía en el país en torno a la figura de Antonio Nariño y la disyuntiva de adoptar en el país un modelo centralista o un modelo federalista, disputa que fue, posiblemente, una de las causas del asesinato, años más tarde, de José María Córdoba.

Sin ánimo de inclinar el sentido de este artículo, se quiere hacer la siguiente cita, para demostrar que la forma de hacer política es muy poco lo que ha cambiado con el tiempo. Colombia sigue siendo la “patria boba”, con luchas y ofensas intestinas, como las que se daban en años posteriores al grito de independencia, entre los políticos del momento. Refiriéndose a Baraya, escribió Francisco Cano en una de sus “siluetas”:

***Baraya es un otarate***

***Y un cobarde mequetrefe***

***Que quiere meterse a jefe***

***Siendo un pobre zaragate.***

***Este militar-petate***

***Con su cara de chorote***

***Y su nariz de virote***

***Queriendo enderezar tuertos***

***Hace entre vivos y muertos***

***El papel de don Quijote.***

Seguramente los tiempos que se vivían no permitían el uso de un lenguaje más directo o menos decente, lo que sí se da hoy, al menos en las entrevistas que los medios de comunicación dan a conocer, mostrando una cara desconocida de ciertos adalides de los partidos políticos.

Aquella disputa de la post independencia llevó a situaciones que, al parecer, marcaron el destino del país. Esta no es una afirmación gratuita: basta recorrer los renglones de la historia colombiana para conocer de eventos como el mencionado de pateadores y carracos, de nariñistas vs antinariñistas, de realistas/antirrealistas, disputas que no se enmarcaron precisamente dentro de los cánones del respeto y el buen trato y que, por el contrario, comenzaron a mostrar desde ese entonces lo que es capaz de decir y hacer quien se empeña en imponer, por cualquier medio, sus convicciones, para sacar todo el provecho posible de ellas.

Cuando se concibió la idea de escribir unas líneas sobre el tema que trata este artículo, se pensó en abordar la temática desde la mera esencia política. Se pensó que era buena idea abordar la temática de los partidos políticos desde la perspectiva de los grandes pensadores, de los grandes sociólogos, con el fin de determinar qué es un Partido Político en sí, sus características, sus facetas propias y la justificación de su existencia.

Pero a la idea inicial se impuso la realidad de Colombia en los actuales momentos; salió a flote en la mente del autor la problemática que se encarna en el ejercicio político y el rol que juegan los denominados “Partidos Políticos” del país, en la situación que viene enfrentando la comunidad nacional desde hace varias décadas y que parece no tendrá fin en otras futuras. Una situación en la que resaltan con luz propia dos fenómenos sociales importantes: la pobreza y la corrupción, la primera como punto de partida y la segunda como consecuencia en las altas esferas, al menos en cuanto tiene que ver con las referencias de la administración pública y el ejercicio político como tal, particularmente desde cierto prisma de observación “derecha/izquierda”.

Según la Ley General de los Partidos, los mismos son entidades de interés público con personalidad jurídica y patrimonio propios, registro legal ante el Instituto Nacional Electoral o ante los Organismos Públicos Locales; les atribuye como fin la promoción de la participación popular en la vida democrática, integración de órganos de representación pública y, esto es importante, como organizaciones ciudadanas, que faciliten el acceso ciudadano al poder público. Resulta paradójico que, el inicio de la definición de la acepción, discrepe sensiblemente de la realidad que vive la comunidad nacional, en cuanto tiene y puede esperar de esos partidos políticos.

1. Partidos políticos

En Colombia existen veintitrés partidos políticos que funcionan legalmente, que tienen personería jurídica, haciendo parte del diario vivir nacional, la mayoría desde el interior de la administración y otros que, por su escasa dimensión y promoción, permanecen fuera de la distribución de cargos públicos, situación que no se estima permanente y que puede cambiar según la necesidad de cada gobierno. En todo caso esa cantidad de partidos evidencia que, enferma o defectuosa, en Colombia persiste la tradición de una democracia bien entendida.

Le corresponde al Consejo Nacional Electoral –CNE- establecer qué movimientos políticos pueden ser registrados como partidos políticos en Colombia, al tenor de normas de forzoso cumplimiento para obtener tal calidad. Según el mencionado organismo, hasta noviembre del año 2022 había 23 partidos políticos legalmente reconocidos en el país. A continuación, la lista: Colombia Justa Libre. Colombia Humana. Colombia Renaciente. Comunista Colombiano. Conservador Colombiano, Partido de la U, Partido Dignidad, Ecologista colombiano, Nuevo Liberalismo, Comunes. MIRA. Unión Patriótica (UP), Polo Democrático Independiente, Verde Oxígeno. Alianza Social Independiente (ASI)., Liberal Colombiano, Demócrata Colombiano, Alianza Democrática Amplia (ADA), Movimiento Alternativo Indígena y Social (MAIS), Autoridades Indígenas de Colombia (AICO), Alianza Verde, Cambio Radical y Centro Democrático,

Hasta hace muy poco hablar de partidos políticos en el país era señalar tácitamente a los partidos Conservador y Liberal, los cuales captaban a la totalidad de pensantes del país en sus filas. Eran dos partidos sólidos en cuanto a la captación de cientos de miles e incluso millones (años después) de votos. Eran propietarios tácitamente exclusivos de la decisión popular. Y, aunque existían algunas minorías que se apartaban de los colores rojo y azul (liberales y conservadores), la satanización de que eran objeto les impedía crecer en número de adeptos o seguidores, sobre todo porque la Iglesia no era ajena al acontecer político y en las homilías aprovechaba para encauzar el pensar y sentir de sus feligreses por uno de esos partidos tradicionales, por razones que no son del hilo del presente artículo.

La “clase política” se ha caracterizado siempre por la presunción de ser convincente; esto ha traído como consecuencia que los cabecillas políticos piensen que el silencio ciudadano equivale a una aceptación de sus propuestas, a partir de la credibilidad de quienes las plantean. No se detienen a pensar que el silencio puede ser una muestra de indiferencia o, lo que es peor, de la convicción de que no vale la pena discutir algo que el ciudadano sabe se erige como el vaticinio del comportamiento de los partidos, en la medida en que cada uno acceda al poder. Y en ese sentido cabe recordar a Ospina (1997) cuando escribe, refiriéndose a la sociedad colombiana: “Bajo el ropaje de una república liberal es una sociedad señorial colonizada, avergonzada de sí misma y vacilante en asumir el desafío de conocerse, de reconocerse, y de intentar instituciones que nazcan de su propia composición social”.

 Este aspecto debe ser un punto de reflexión para la clase política. No siempre el silencio es cómplice, aunque sea culpable. Mucho menos debe ser asumido, por omisión, como una aquiescencia o aceptación silenciosa. El silencio del ciudadano medio puede ser un indicador de resignación, mas no de credibilidad en quienes esgrimen discursos sazonados con verborrea política, en donde los términos “pueblo”, “pobreza”, “salud”, “educación”, “igualdad”, son incluidos estratégicamente para configurar un constructo verbal que incluso puede ser aplaudido, más por ironía popular que por convicción ciudadana.

Estas exhibiciones histriónicas en muchos casos van acompañadas de gestos y posiciones que tornan más ridícula aun la actuación del protagonista, como sucede con los políticos que sólo usan las prendas de vestir propias de su región cuando la visitan en procura de lograr votos pero que, en su cotidianidad, la ocultan, porque piensan que mostrarse originarios de una región puede incidir negativamente en su futuro. Los sombreros volteaos son, por ejemplo, el primer recurso del político costeño (o que se precia de tal) cuando pretende hacer creer que es “uno más” del pueblo.

Platicar de Partidos Políticos en Colombia, es aludir a organizaciones que, se entiende, se oponen al poder monolítico y que se erigen como voceros ante el gobierno del querer de los ciudadanos y que hablan a los mismos de las cosas del gobierno. Son una especie de intermediarios entre gobierno y pueblo o, al menos, así fueron en un comienzo, aunque hoy los Partidos pretenden borrar sus propios inicios, al tratar de imponerse absolutamente en el mandato de la nación.

Un Partido Político debe comenzar por reconocer que es sólo una parte de la opinión y aceptar que existen otros partidos también basados en un grupo de ciudadanos que piensan igual o que por lo menos son capaces de direccionar sus ideas por un determinado derrotero, apuntando a la materialización de aspiraciones y sueños, siempre desde la perspectiva del bien general.

En esa misma dirección de pensamientos convendría citar a Duncan (2022):

Podría uno aventurarse a decir que se debe a un sentimiento de resignación y escepticismo. Pero no, hay razones que pesan más que estos sentimientos. En muchas circunstancias, apoyar políticos que recurren al clientelismo y a la corrupción es una solución para los problemas económicos de una parte de la población que antepone sus necesidades económicas a los costos colectivos del clientelismo y la corrupción.

 Pero la clase política prefiere no asomarse al balcón de sus propias mentiras, quizá temerosa de perder el equilibrio y caer al vacío de tales trampas, de sus propios pecados y delitos, consciente, como es, de que en cada frase que se pronuncia en público, hay al menos un 50% de palabras acomodadas que sólo buscan halagar al escucha, porque su contenido de sinceridad y de realidad es bastante precario.

 Es tan común y tan “normal” pensar mal de los políticos colombianos, que en el lenguaje coloquial hay sinnúmero de expresiones que se utilizan para expresar la baja creencia de un discurso o la dudosa calidad de una acción. “Promesas de político”, bastaría como ejemplo de ello.

Dicho lo anterior ¿puede hablarse de partidos políticos en Colombia, en el verdadero alcance de la acepción? La pregunta no surge de un desconocimiento de la existencia de las facciones que hoy dirimen entre sí en torno a quién debe gobernar al país. La pregunta surge del hecho incontrovertible de que los partidos pretenden, inicialmente, borrar a los rivales que no hacen parte de los convenios, para gobernar según el pensar y querer de cada facción política. Y es que los convenios entre partidos tienen doble cara: una que muestran al potencial elector, en la que aparecen maquillados sus sentimientos e intenciones… y otra que sólo se muestran entre ellos, con gestos exigentes que aluden a los acuerdos pactados a espaldas del elector.

El poder, ese poder del que tanto habló Maquiavelo (sf), sigue siendo el objetivo principal de la aglutinación de personas en torno a una idea, liderada por algunos que, en virtud de su representación o liderazgo, asumen el rol de portadores de la verdad y de rectores del quehacer político de quienes lideran en cada facción. Y esto aplica para todos los partidos políticos, como lo comprueba el hecho de que en el Código Electoral se imponga, así sea tácitamente, la fosilización del ciudadano en materia de pensamiento político, impidiéndole el encasillamiento en uno de los partidos existentes.

El ciudadano puede cambiar de manera de pensar (y de hecho generalmente lo hace) sobre su inclinación política, pero no puede cambiar de opinión desde el interior del partido a que pertenece. Para ello existe la figura de la transmilitancia, entendiéndose como tal, el cambio de partido.

Y, citado Maquiavelo, vale la pena señalar que los políticos colombianos han sido excelentes alumnos suyos; basta ver lo que hacen y los compromisos que adquieren con el afán de acceder al poder y las mañas “legales” de que se valen para sostenerse en el mismo, cuando lo han conseguido. No es necesario retroceder ni adelantarse en la historia del país para comprobar que es así.

Cuando se revisa el cimiento ideológico del Partido Liberal, por ejemplo, se hallan inconsistencias entre sus posturas y dichos cimientos. El liberalismo surge como oposición a la monarquía y como un partido que apunta al reconocimiento de los derechos ciudadanos. Los liberales originariamente fueron enemigos de los títulos nobiliarios, del derecho divino de los reyes; apuntaron a un nuevo sistema, cuyo fundamento fuese la democracia representativa y el Estado de Derecho.

La sola enunciación de esos principios, hoy día, resulta inconsistente con lo que es el Partido Liberal, en la vida y trajín político del país. Los títulos nobiliarios no se enuncian, pero los privilegios y las investiduras, se transmiten, como en los demás partidos, dentro del seno de las familias de quienes los dirigen. Y el Partido Conservador ha dejado de “conservar” las estructuras ideológicas de antaño, para asumir “cambios” en su proceder político, en asocio de nuevas ideas que poco o nada tienen de conservadoras. Las estructuras ideológicas de los partidos quedaron sólo para los discursos en los que se pretende justificar una acción o captar la simpatía popular. Esos ideales dejaron de ser, desde hace décadas, parte del comportamiento y de la conducta institucional de quienes militan en uno u otro partido.

En Colombia, los partidos políticos operan normalmente, algunos con más figuración que otros, e incluso algunos que se oyen mencionar sólo circunstancialmente y que no tienen mayor injerencia en la vida nacional. Es de anotar que cuatro del total de partidos son de representación étnica y otros son agrupaciones o partidos que ni siquiera tienen Personería Jurídica. En todo caso, esto es una muestra de lo permisiva que es la democracia colombiana en materia de libertad de pensamiento y de libre asociación, al tenor de lo claramente expresado en la Constitución Política de1991.

Ahora bien, los directivos de los partidos, proceden como propietarios de los mismos y sólo elevan “consultas internas” en determinados casos. Consultas internas que involucran únicamente a los miembros más sobresalientes del partido, porque el militante medio no tiene acceso ni siquiera a expresar su opinión personal sobre el tema del momento, situación que se justifica con la “calidad de voceros” de los privilegiados, al momento de tomar decisiones. Es más: el militante medio se entera de la posición de su partido cuando los directivos del mismo consideran que es oportuno publicarla y resulta imposible reversar la decisión de los magnates del Partido.

En ese sentido, el Partido deja de ser, semánticamente, un Partido Político, puesto que desconoce al resto de sus integrantes, dejando las decisiones en manos de sus directivos. Se dirá que para eso son los directivos, pero, en determinados casos, se llega incluso a comprometer el nombre del Partido en acciones que son contrarias al enunciado ideológico del mismo, sin que exista el visto bueno de la base partidista. En días actuales se ha vivido esa situación en uno de los partidos inicialmente nombrados como “tradicionales”, dado que el director general, al parecer toma decisiones que no son de la línea de pensamiento o de la preferencia de los demás militantes, pero recurre a la acepción “vocero del partido” para particularizar la decisión, simplemente, a sus apreciaciones personales y las de unos cuantos personajes que lo acompañan en la configuración de la dirección del Partido.

Ello se constituye en una de las falencias de los Partidos Políticos, desde la perspectiva de la representatividad de un conglomerado, cuyo número se erige como una de las razones por las que les es concedida la personería jurídica que los habilita para participar en elecciones y en convenios con el gobierno o con otros Partidos. Pero, rara vez se erige como amenaza contra el mismo Partido porque, en la mayoría de los casos, los disidentes piensan desde la importancia del momento y no desde la estructura ideológica de su comunidad. Lo peor de todo es que, las decisiones personales y de conveniencia de los directivos de cada Partido, son enunciadas “en representación de los militantes”, cuando en realidad éstos ni siquiera fueron tenidos en cuenta al momento de tomar la decisión.

Si se retoma el concepto consignado en la Ley General de los Partidos, son varias o quizá muchas las acciones que se dan al interior de los partidos políticos, ajenas al contenido de la mencionada ley. Infortunadamente, hay que reconocerlo, el ciudadano medio se limita a exhibir el nombre de su Partido en ocasiones electorales, pero es muy poco o casi ninguno el seguimiento que hace al comportamiento de quienes, en nombre de su partido, toman parte activa en la vida administrativa y comprometen a la colectividad en general.

Llegados a este punto de análisis, toca preguntarse si en realidad la Democracia necesita de los partidos o si son éstos los que requieren democracia para poder convivir entre ellos. El momento que vive el país impone la necesidad de revisar el acontecer político si se quiere seguir contando con las libertades básicas del ciudadano, consagradas en la Constitución de 1991.

 Desde esta perspectiva resulta ineludible recordar los consejos de los viejos, entre ellos aquel que reza “mira lo que hacen con otros, para que sepas lo que harán contigo”. Y a ciencia cierta que los colombianos han tenido la oportunidad de conocer experiencias en otros países que, gradualmente, se van haciendo cada vez menos extrañas y, tristemente, más familiares.

Resulta difícil abordar el tema desde la perspectiva de la “realidad”, porque se viven momentos en los que, al parecer, ni siquiera los protagonistas de los hechos que se dan a conocer y que captan la total atención del país, parecen conscientes del fenómeno que viven los colombianos, obligados a mirar hacia las distintas sedes partidistas, no en espera de buenas noticias sino con la utópica esperanza de saber qué es lo que se cuece al interior de sus paredes. Y es que los partidos políticos, en cabeza de sus dirigentes, han optado por asumir que son quienes deciden qué deben saber los ciudadanos y qué actitud deben asumir ante las distintas situaciones que les plantea el reto de la vida diaria.

Se afirma que el ciudadano común merece respeto. Más aun de quienes se erigen como sus líderes, sólo porque tienen acceso a los medios y poseen los recursos suficientes para hacerse oír, a despecho del coasociado, que debe limitarse a lo que se filtra en los medios de comunicación y a las versiones que, en su concepto, parecen más creíbles. El problema que vive el colombiano común en razón del comportamiento de quienes se autodenominan “líderes”, es grave. El ciudadano ve peligrar su democracia, ve peligrar los valores éticos que se suponen son básicos en el ejercicio de la política y más aún, en la administración del interés de toda la comunidad.

Como es sabido, la disputa entre partidos políticos, en la actualidad, en Colombia, tiene entre sus muchos argumentos, el trajinado tema de la paz, la cual constituye un anhelo de todos los colombianos, aunque obviamente las perspectivas o enfoques que se dan al tema distan de ser iguales y, por el contrario, marcan diferencias sensibles, lo que conlleva a otro enfrentamiento intestino que, más que favorecer, parece incentivar la división que en torno al tema se da en todos los rincones del país, aunque hay puntos en coincidencias. Y es que la paz es un armisticio social, con fundamento en la realidad que se vive y en el reconocimiento, por parte de quienes dicen querer alcanzarla, de los errores propios y de la exposición de propuestas que apunten a saldar las deudas pendientes.

Y gran parte de la problemática en torno a la paz gira en torno al hecho incontrovertible, así se le pretenda enmascarar en discursos y poesías, de que cada Partido quiere una paz acomodada a sus intereses comunitarios; es esa una de las razones por las que no ha sido posible lograr que los violentos, los que destruyeron, asesinaron, desaparecieron, secuestraron, reclutaron jóvenes, envenenaron cuerpos de agua y cometieron toda una vergonzosa variedad de delitos contra la comunidad rural y particularmente contra los menores de edad, adopten una posición digna, que les permita al menos, ser creídos en sus discursos de “reconciliación, de reparación y de no repetición”.

No escapa al colombiano medio la percepción de que el proceso de paz en Colombia pretende suscribir acuerdos distintos con cada grupo.

El gobierno de turno cuenta con una aparente mayoría en el Congreso y posiblemente eso no es gratuito, cuando se observa cómo miembros de los antiguos partidos, hacen parte de la coalición de gobierno, algo que años antes habría causado estupor en la sociedad colombiana, porque sólo en 1957 fueron capaces de aliarse entre ellos temporalmente, por interés mutuo en acabar con la violencia que desangraba al país y, quizá principalmente, para hallar una fórmula que les permitiera nuevamente el disfrute del mandato, asegurando una alternación que favoreciera a ambos partidos, conocido como el Frente Nacional que duró 16 años entre los liberales y conservadores.

En la misma línea de comportamiento se inscriben otros partidos políticos, que han sido incorporados a la coalición y parece que fue gracias al verbo convincente del cabeza de gobierno, producto de lo cual se han dado situaciones que han generado discusiones de diversa intensidad, con algunas conclusiones.

Se afirma que los partidos políticos no pueden ser manejados desde la perspectiva del bien personal o grupal, cambiando o prometiendo respaldo a cambio de prebendas.

De otro lado, la agenda legislativa es la que convoca o dispersa el quorum y el ausentismo, figura muy criticada que hoy ha desaparecido, gracias a las reformas introducidas en el reglamento que aplica al respecto. Esta maña, trae como consecuencia que se cuestionen programas de gobierno, propuestas opositoras y eventos que resultan importantes para el común de los colombianos pero que los partidos políticos, a través de sus legisladores en ambas cámaras, manejan según las conveniencias del momento, dejando de lado la significación que pueda tener para el país lo que se pretende discutir. En estos casos poco o nada significan los intereses ciudadanos, los cuales se sacrifican en aras del beneficio circunstancial de los partidos que hacen o no presencia en los recintos legislativos.

La política de la ausencia programada causa mucho daño al país, que ve cómo quienes cobran altísimos sueldos y reciben prebendas adicionales, no se conforman con lo recibido y aun pretenden imponer su voluntad, en razón de conveniencias particulares y no del bien general. La ausencia deliberada igual se da para no aprobar un proyecto o para romper un quórum, cuando se somete a votación un debate.

Los representantes de los distintos partidos parecen no tener en cuenta qué es lo que conviene al país; apoyan o atacan a funcionarios desde el enfoque meramente politiquero (ni siquiera político) y no desde el producto del análisis o discernimiento mesurado, sereno y justo, para determinar cuándo una propuesta o un Proyecto de Ley puede realmente beneficiar a los colombianos o cuándo puede traer más problemas a la administración del gobierno de turno. Esa intromisión por años ha señalado a los partidos políticos.

Tal vez resulte atrevido decirlo pero la realidad tangible del país permite afirmar que los partidos políticos quedaron sujetos únicamente a sus nombres; desaparecieron los ideales, dejaron de actuar en una línea de pensamiento sostenida, serena y mesurada, para asumir una conducta de rebatiña, en donde lo que menos cuenta es, precisamente, el depositario de la soberanía nacional, es decir, el constituyente primario, el coasociado, el ciudadano, de acuerdo con lo estipulado en ese sentido, en el mandato superior.

Para analistas como Schnatt-Schneider , Shumpeter y Janda (citados por Gechem, 2009) los partidos políticos son organizaciones que persiguen un objetivo esencial: el acceso al gobierno y la conquista del poder. Pero en el caso colombiano pareciera no tener significación porque, al parecer, es más importante la contienda permanente, en la que se dirimen la figuración, el interés personal y el posible daño que se puede infligir, al contrario.

El lenguaje que se usa en la política colombiana teñiría de rubor las mejillas del más cínico y, sin embargo, los vocablos gruesos van y vienen; las acusaciones son de distintos matices, desde las más inusuales hasta las más graves y, sin embargo, los protagonista permanecen impasibles, tal vez pensando que eso es una muestra de la “madurez política” de quienes dirigen los partidos y de quienes los representan en los cuerpos colegiados, en los ministerios y demás puestos de alta gama en el gobierno nacional. Ni siquiera el señalamiento más grave logra inmutar a quienes tienen su mente ocupada por un proyecto u objetivo predeterminado.

Ya no se trata de divergencias idealistas o de posiciones contrarias frente a un problema de interés público; se trata, simplemente, de hacer valer la posición propia, sin importar el precio que haya que pagar en insultos emitidos o recibidos.

Esta situación lleva considerar la propuesta de Weber, cuando dice que los partidos políticos son asociaciones basadas en un compromiso formal libre, cuyo objetivo es entregar a sus directivas, el poder en el seno de un gobierno y a los militantes la posibilidad de perseguir ventajas personales, fines plenamente identificados o tal vez ambas. (Gechem, 2009).

Cuando se tiene acceso a este tipo de aportes, provenientes de personajes de reconocida trayectoria en la literatura política, se experimenta una doble sensación: la de que por fin se entiende lo que pasa en Colombia y, simultáneamente, la de que creer en partidos políticos es prestarse a intereses particulares plenamente definidos, totalmente ajenos al discurso político que se esgrime en campañas y manifestaciones, en plena época electoral.

La realidad colombiana parece dar la razón a los autores anteriormente citados. Los partidos políticos en Colombia parecen haberse olvidado de que su imagen en el coasociado, en el ciudadano, es lo que les da vida. Pero también es de reconocer que esos partidos toman conciencia de la realidad que les rodea peligrosamente, cuando se acerca un debate y entonces surgen los discursos en los que los pobres, los indigentes, la tercera edad sin jubilación, la salud y la educación, se erigen como tema y como propuestas para “cambios” en la vida de los colombianos.

Lo grave de la realidad que vive el país no radica en los hechos actuales; lo grave de la realidad actual radica en su proyección, porque la clase política, los partidos políticos, no evidencian intención alguna de cambiar estructuras que redireccionen al país por una mejor senda. Los partidos políticos se empeñan en fortalecerse en sus posiciones, a costa de infligir daños a los contrarios o beneficiar a unos conglomerados. Dicho con otras palabras, son contendientes enfrentados en un escenario que es el país entero, con unos observadores que miran el combate, no apostando a favor de ninguno de los contendores, sino lamentando haberlos elevado a todos a la categoría de contendientes.

Hoy se dan saltos de Partido a Partido; surgen personajes que no tienen una trayectoria política propia, que no han hecho nada por el país pero que, hoy, aprovechan los privilegios que poseen, para pretender señalar normas de comportamiento al ciudadano desde el pretendido ejemplo que ellos dicen dar, cuando en realidad de ese comportamiento el ciudadano medio solo ha aprendido mañas que le resultan nocivas a sí mismo, a su familia y a su comunidad.

Un conocido y ya desaparecido personaje de la radio, en Barranquilla y la Costa Caribe, Marcos Pérez, solía decir que “había visto muertos cargando basura”; pretendía significar con ello que en su vida de periodista y comunicador le había tocado enfrentar situaciones fuera del contexto de la lógica social, económica y cultural. Y también se refería a eventos políticos, en los que en más de una ocasión le tocó ver a uno o varios políticos navegando en contra de sus propias ideas, de sus propios discursos, de sus propias respuestas. Y el periodista aludido expresaba: “… es que el político tiene un corazón grande, grande, grande, pero lo tiene muy pegado al estómago”.

1. Los partidos y la paz

Nada más ideal que una paz total. Una paz sólida, real, verdadera, en torno a la cual los colombianos puedan concertar estrategias de desarrollo que beneficien al grueso de la población, el cual está conformado, según cifras oficiales, por estratos sociales de bajos recursos, los cuales serían los primeros beneficiados de un acuerdo entre las fuerzas políticas que existen en el país. Pero la realidad es otra, muy diferente de la que esgrimen muchos líderes políticos, pretendiendo erigirse en adalides de un Estado realmente justo con todos sus coasociados.

Contra el odio sólo existe un antídoto: la justicia; pero no una justicia cualquiera, improvisada o amañada a la conveniencia de ninguno de los bandos. Quizá haya quienes crean, como lo creyó un expresidente, que con decir “… cesó la horrible noche” el odio se decanta y cede espacio a sentimientos de bondad y de tolerancia. No es así, infortunadamente. Y los partidos políticos son responsables en gran parte de ese odio, porque quisieron legislar sobre el conflicto armado muy tarde.

El problema de los partidos políticos es que son protagonistas de cuanto sucede en el país, pero ese protagonismo es pasado de uno a otro partido y, generalmente, se deja caer sobre los hombros del gobernante de turno.

Desde el seno de los partidos se critica al gobernante; se dice que se le brinda el apoyo, cuando en realidad no es el apoyo de los partidos lo que el gobierno necesita para hallar la paz, sino la confianza de los ciudadanos y el empeño de cada coasociado por conseguir que la sonrisa de los nacionales no sea una sonrisa pasajera, sino un gesto habitual de todos, incluidos los que fueron y aún siguen siendo víctimas de la violencia desenfrenada. En ello deben comprometerse los partidos por igual. Pero los partidos políticos contrarios al gobierno de turno se encargan siempre, como sucedió en años recientes, de sembrar odio, desconfianza, inseguridad, contra quien detentaba el poder, sólo porque era necesario cumplir una promesa formulada abiertamente por quien se vio derrotado en unas elecciones.

Y es que, en los debates del legislativo, los congresistas suelen decir, a manera de amedrentamiento, que tienen tantos o cuantos votos; que fueron elegidos con tantos miles de votos y que eso les da autoridad para imponer su criterio en el legislativo, sin importar el sentir de quien depositó su confianza cuando introdujo una papeleta con el nombre de quien creyó representante de sus ideas ciudadanas.

Lo curioso es que nunca se oye decir a esos políticos, que tanto poder dicen tener, que utilizarán su influencia para conversar con los ciudadanos (ya no con los electores) para exponerles las ventajas de una paz que vendría a suplir la etapa aciaga que han vivido en las últimas décadas.

Esa propuesta, ese discurso, no figura en la agenda de los partidos políticos porque, al parecer, en una u otra forma, a todos les interesa tener algo concreto a qué referirse en su discurso proselitista y el tema de la paz será siempre importante y será un árbol del que se desprenderán muchos votos. Y, como ya se dejó entender en el cuerpo de este artículo, en Colombia no cesa la campaña política; no hay pausa entre una posesión y las próximas elecciones. Por el contrario, se toma la posesión del vencedor, como el inicio de una nueva etapa que se tejerá con los errores de quien resultó beneficiado por el número de votos.

Conclusión

 Los partidos políticos en Colombia funcionan como tales, es decir, como confrontación y construcción del ideario político, sólo en época pre electoral; finalizados los comicios, los directores de los partidos cesan su interacción con la comunidad y se dedican a analizar resultados y trazar nuevas acciones. El miembro común de un partido político, en Colombia, sólo tiene como función mirar en la dirección que le señala el índice de su líder, independientemente de sus ideas particulares y del fruto de su discernimiento personal. Su opinión no es escuchada, porque ni siquiera es convocada.

En Colombia se han ido perdiendo simultáneamente la confianza y el respeto, en cuanto tiene que ver con los partidos políticos. El ciudadano de la calle casi no se atreve a decir que es partidario de tal o cual corriente política, porque cualquiera sea la que mencione, lo más probable es que reciba comentarios burlescos, orientados a hacerlo aparecer como un subdesarrollado mental. Y ello no es culpa de la ciudadanía: simplemente, los partidos han acumulado tal cantidad de errores, de falacias, de ridículo en su accionar, que los ciudadanos tienen de dónde elegir para ridiculizar a cualquiera de los partidos, sin importar la convencional retórica de la “derecha” y de la “izquierda”.

Los partidos políticos, en Colombia, han perdido su norte. Han delimitado su campo de alcance a la capacidad de análisis y discernimiento de sus líderes, que en altísimo porcentaje resulta ser pobre, deficiente, vergonzosa...

Los partidos políticos de la actualidad están en deuda con el país, con la comunidad nacional; son muchos los errores cometidos y muchas las muestras de incapacidad que han demostrado. Y lo peor es que no es del caso atribuir culpas a uno u otro Partido, porque todos están cortados con el mismo molde y sus directivos piensan igual, aunque en distintas direcciones. Y eso es lo que debe preocupar al ciudadano común, porque ante una exigencia no esperada, no hay a quien recurrir, porque los Partidos y sus líderes están muy por debajo de la exigencia mínima que plantearía cualquier alternativa de solución.

Contrario a lo que cree el colombiano medio, seguimos viviendo en la patria boba. Como diría Ospina en su ensayo mencionado en páginas anteriores, no hay unidad de criterio ni siquiera como comunidad.

Los partidos políticos se han encargado de convencer a nuestros jóvenes y niños de que ellos cambiarán al país; sólo que no les dicen que ello es un proceso natural y que se dará cuando esos hoy jóvenes, hayan madurado lo suficiente para entender que fueron utilizados como bultos en manifestaciones y como herramientas en muchas acciones que, indudablemente, pasarán factura en el futuro.

Lástima que sean precisamente los hoy jóvenes quienes deban enfrentar entonces la realidad, no desde la sabiduría y prudencia que dan los años, sino desde el acicate malévolo de quienes ven, en ellos, una herramienta para hostigar, al contrario.

Referencias

Alcántara Sáez, Manuel (1997). “Las tipologías y las funciones de los partidos políticos” EN: AA.VV. Curso de Partidos Políticos. Capítulo II. Madrid: Akal Ediciones.

Consejo Nacional Electoral (2021). Partidos y movimientos políticos. ¿Qué son los partidos o movimientos políticos?

# Duncan, G.(2022). ¿Por qué los colombianos toleran tanto los excesos de la clase política? En: *El Espectador*. Octubre 26 de 2022. Disponible en: <https://www.elespectador.com/politica> /por-que-los-colombianos-toleran-tanto-los-excesos-de-la-clase-politica/https://www.el espectador.com/politica/por-que-los-colombianos-toleran-tanto-los-excesos-de-la-clase-politica/

De Caro y Torquemada, F.J. (1773-1848). Poeta realista. Tomado de: *Revista Credencial*. Enero de 2012.

Grechem, S. C. (2009) Los partidos de Colombia: entre la realidad y la ficción. *Revista Derecho del Estado,* Nº 23, diciembre de 2009.

Janda, K. (1980). Political Parties: A Cross-National Survey, s. p. e.

Ospina, W. (1997) Lo que le falta a Colombia. Capítulo I del libro sobre Juan de Castellanos. Bogotá: Editorial Norma.

Ospina, W. (2012) ¿Dónde está la franja amarilla? Perguin Ramcom House. Grupo Editorial.

Sartori, G. (2012). Partidos y sistemas de partidos. 2 ed. Traducción de Fernando Santos Fontenla.

Shumpeter, J. (1942). Capitalism, Socialism and Democracy, s. p. e.

**Conflicto de interés**

**El autor de este manuscrito declara no tener ningún conflicto de interés.**

Copyright

La *Revista Latinoamericana de Difusión Científica* declara que reconoce los derechos de los autores de los trabajos originales que en ella se publican; dichos trabajos son propiedad intelectual de sus autores. Los autores preservan sus derechos de autoría y comparten sin propósitos comerciales, según la licencia adoptada por la revista.

Licencia Creative Commons

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Compartir Igual 4.0 Internacional

